

que dichas órdenes dependen de las disposiciones del enemigo, y éstas solo pueden conocerse precisamente empeñando la acción.

Por este medio llegamos á las determinaciones del mando, á las órdenes que convienen al detalle, es decir, á la *verificación* ó *cumplimiento* de la acción táctica decisiva.

CAPITULO III.

VERIFICACION DE LA ACCION TACTICA-DECISIVA.

LLEGAMOS á la decisiva propiamente dicha.

No necesitamos repetir que estos "Estudios" no toman en cuenta los *motivos interiores* que puedan dictar la resolución de librar batalla, y que son independientes de la instrucción que á este respecto puede dar la *táctica abstracta*. Por importante que eso sea para todo oficial, pertenece á un orden de ideas muy diferente al que nosotros seguimos.

No queremos ocuparnos aquí del trabajo intelectual del jefe que tiene el derecho para *determinar* se libre una batalla; vamos á examinar solamente la manera según la cual debe ejecutar su resolución una vez tomada: nuestras consideraciones no tienen por objeto el plan de la batalla ni las especulaciones en que se funda, sino únicamente su *ejecución con los medios prácticos* de que se disponga.

Las investigaciones precedentes han dado á conocer las *diferentes maneras posibles* de esta ejecucion; hemos señalado con respecto á ellas, aunque en resúmen, las ventajas y los inconvenientes generales; ahora vamos á determinar para cada una el *empleo racional de los medios existentes*, en vista del objeto final, que es la victoria.

Tratarémos sucesivamente de la *batalla de ala ofensiva*, y defensiva-ofensiva; de la *batalla de encuentro*, y por último, de la *batalla de líneas*. Antes de abordar las particularidades propias de cada una de estas cuatro maneras principales de la ejecucion decisiva, comenzaremos por algunas consideraciones generales, aplicables igualmente á todas.

Varias veces hemos manifestado la influencia que ejercen sobre el resultado final las *disposiciones que se toman para la batalla*; esta importancia extraordinaria nos obliga á examinar las cosas mas de cerca.

Las *disposiciones* son la *expresion viva y palpable* de la voluntad y resolucion del gefe, y dan á conocer á los gefes secundarios, bajo la *forma de órdenes*, tanto la intencion general de combatir, como el modo mas conveniente de emplear las tropas, conforme al resultado que se busca. Cualesquiera que sea el grado del gefe que toma esta *primera resolucion y ordena estas primeras disposiciones*, cada miembro, hasta el mas ínfimo de la gerarquía militar, debe tambien disponer su tropa en relacion y conformidad con el objeto principal que se procure. A pesar de esta *exigencia general*, es costumbre en el lenguaje militar, y ya daremos las razones, no llamar *disposiciones* mas que á la primera manifestacion de los gefes de *alta graduacion* que manden un grupo de

combate completo é independiente; segun esto no puede hablarse de *disposiciones*, sino tratándose de una division cuando menos. Todas las medidas que se toman aun por autoridades superiores, con respecto á unidades mas débiles, se llaman *órdenes*.

Para motivar esta diferencia de expresion, puede decirse que "las disposiciones" son las que se dan por escrito, y las órdenes al contrario las que se dan verbalmente y siempre bajo la inspiracion del momento; (segun el texto aleman, "Aus dem Sattel," es decir, desde la montura).

Esta diferencia entre las expresiones nos parecerá justificada hasta cierto punto, si recordamos lo que se ha dicho con motivo del empeño de la accion decisiva acerca de la influencia que este período de tiempo ejerce sobre las *determinaciones del mando*.

Ya manifestamos con respecto á esto último, cuán necesario es, que la resolucion de aceptar la accion decisiva sea *anterior al período de empeño*, y que este es el único que puede proporcionar al comandante los datos precisos para tomar sus medidas especiales. Estas dos circunstancias nos permitirán precisar de la mejor manera posible la diferencia que existe entre las expresiones *disposiciones* y *órdenes*: se entiende por las primeras, todas las medidas que el comandante superior pueda tomar *antes* del período de empeño, relativas á la verificacion de la batalla; *orden* se llama todo lo que un gefe puede prescribir *durante* dicho período. Hecha esta distincion, no tenemos que dudar respecto á lo que estas *disposiciones* puedan y deban contener.

Si consideramos la batalla como la conclusion táctica necesaria de toda operacion estratégica, debemos

reputar como anterior al *periodo de empeño* todo lo que por razones estratégicas pueda influir en la resolución de combatir, ó en la elección de la forma para verificarlo. Si la tropa de descubierta y de seguridad ha cumplido su tarea, el jefe á quien corresponde el derecho de tomar esta resolución conoce en el momento en que aquella termina, no solamente su situación estratégica con relacion al adversario, sino tambien la *situación táctica general*. Nunca, sin embargo, debe contarse con un conocimiento preciso sobre las *disposiciones tácticas especiales del enemigo*; para adquirirlo sin combatir, es necesario suponer en las avanzadas de éste la mas completa y culpable negligencia,

Son, pues, del dominio de la estrategia: la determinación general de combatir; la elección de la forma, ya ofensiva ó defensiva-ofensiva; por último, el fijar la especie de combate, prefiriendo la batalla de ala ó la de líneas. Son tambien razones esencialmente estratégicas las que determinan, en caso de *ofensiva*, la posición que deba ocuparse. Sobre esta última determinación principalmente, tienen grande influencia los elementos tácticos generales de *fuerza* y de *terreno*; estos pueden tambien modificar la solución de las otras cuestiones; son determinantes para la *compartición en grande escala* de la tarea respectiva entre las fuerzas disponibles, y dificultan muchas veces la clasificación inmediata de los detalles que no sea posible todavía fijar y ordenar de una manera precisa.

Conocida la situación estratégica y la situación táctica general, las *disposiciones* que se tienen en vista de una batalla, deben fijar al conjunto de las fuerzas disponibles, los diversos *objetos ó resultados que es preciso*

buscar desde luego, haciendo á este efecto una repartición racional de todas las tropas.

Esta larga digresión sobre lo que es del dominio exclusivo del "Estado Mayor General," podrá parecer inútil, y no es así: demasiado ha probado la experiencia que nunca está por demas el fijarse constantemente en los principios mas *simples* del arte militar, cuya aplicación *práctica* es tan difícil, cuanto es fácil el establecerlos teóricamente.

La incertidumbre y la duda que envuelve todo lo que corresponde á la guerra, y los cambios de que ésta es tan susceptible, hacen muchas veces olvidar en la práctica aun los principios mas rudimentales, originando grandes peligros en el éxito de las *disposiciones*, como sucede cuando se deja una parte de éstas al arbitrio de los subordinados ó á la eventualidad.

Todo lo que no es posible ni necesario comprender en las disposiciones, tales como acabamos de definir las, corresponde á las *órdenes del momento* (Befehl aus dem Sattel), y ya hemos determinado todo lo que *puede y debe* ser materia de estas *órdenes* que emanan de los diferentes grados de la gerarquía directora: todos los movimientos que las tropas pueden ejecutar *á la voz*, pertenecen á esta categoría como ya hemos indicado.

Se deduce de lo que precede, que todo lo que puede modificar el *conocimiento sucesivo* de la situación *táctica especial*, entra en el dominio de la *distribución de las órdenes*. Esta comprende: la determinación *local* de cada *objetivo* respecto al ataque ó la defensa, puesto que las *disposiciones* solo han podido indicar el objetivo general; *el detalle del fraccionamiento de la tropa* para la ve-

rificacion ó cumplimiento de las diferentes *tareas* en particular, hecha ya por las disposiciones la reparticion general de aquellas entre la tropa existente; por último, corresponde á las *órdenes* exclusivamente lo que nunca pueden comprender las disposiciones, esto es, designar para cada resultado el momento mas importante, y determinar el *decisivo* para el choque ó contrachoque. Es tambien materia de *órdenes* todo lo que quede por hacer, *alcanzado un primer resultado*.

Las disposiciones pueden pecar de falta ó de sobra, ser muy limitadas ó demasiado complicadas, y las *órdenes* pueden caer en el *defecto pasivo* de economizarse totalmente. Mucha influencia ejerce en todo esto la incertidumbre é ignorancia acerca de la posicion del enemigo, con que se hace tan difícil en la guerra el adoptar una resolucion clara y precisa en presencia del peligro: la tendencia á dejarse llevar de los acontecimientos se desarrolla en el período de las *órdenes* mas fácilmente que en cualesquiera otro, y si durante el de *las disposiciones* cabe el temor de que las cosas tal como se suponen no se verifiquen ó cambien su manera de ser, no sucede así en el período de las *órdenes*, en que la tropa está ya *empeñada en la accion*, y en que por lo mismo no se le debe dejar á su arbitrio y entregada á sus propios esfuerzos.

Llegamos aquí á un extremo en que nos hemos puesto varias veces durante estos estudios, á una situacion que coloca las tropas *fuera de la influencia inmediata del jefe superior* y en que puede este, *por negligencia*, abandonarlas á sí mismas. Ya hemos desaprobado enérgicamente el que las tropas se dejen arrastrar por un valor demasiado vivo é imprudente, pero debemos ha-

cer notar que esta falta se produce generalmente *por la condescendencia ó la escasez demandando*. ¡No es así como se ejecutan las grandes cosas! Solamente una direccion presta siempre á dar sus *órdenes*, es susceptible de conseguir para la batalla la unidad de tiempo y de lugar que proporcionan el triunfo.

Si la tarea es hoy mucho mas difícil, á causa de las grandes masas que es preciso mover, no por esto es *imposible*.

Nos extenderemos un poco todavía sobre el *mecanismo* por medio del cual puede la distribucion de las *órdenes*, asegurar en el campo de batalla la unidad de tiempo y de espacio.

Es indudable que solo *dominando continuamente el conjunto* y siguiendo el *desarrollo* de los sucesos, puede obrar con oportunidad y eficacia sobre el detalle táctico, la direccion del combate. El jefe no puede inspeccionar *continuamente por sí mismo el conjunto* de la accion sino colocándose sobre un punto *favorable*, que es bien raro lo sea por completo; generalmente no podrá ver y dominar mas que una parte, *y á veces muy limitada*, de la situacion. De todas maneras, es para él de mucha importancia estar impuesto constantemente de todo lo que pasa en el campo de batalla y que no pueda ver por sí mismo, así como el no preocuparse con los acontecimientos que se verifiquen á su vista y darles mayor importancia que la que puedan tener con respecto al conjunto.

Generalmente el punto que se escoje para inspeccionar y dirigir la batalla, es al que se dá en el primer momento una *importancia decisiva*; es indispensable juzgar de esto con toda precision y saber si dicho pun-

to conserva en el curso del combate esa importancia que se le atribuye. Siempre que la direccion superior pueda preservarse de la *impresion del momento*, mejor marcharán las cosas en el conjunto.

Con respecto á lo que el gefe no ve directamente, solo puede saberlo por medio de informes, y estos, como sucede constantemente en la práctica, no le llegan sino en el primer momento de la accion, ó á su término si el resultado ha sido feliz; los que recibe durante ella se reducen casi siempre á una *demanda de auxilio*. Este fenómeno no es debido á la casualidad; es la consecuencia lógica y necesaria de la posicion personal del que dirige esos informes, pues es natural que en los momentos en que la atencion está completamente absorbida por lo que pasa al *frente*, se olvide la direccion superior que está á *retaguardia* y solo se piense en ella cuando se necesita de su *apoyo*. Admitiendo que las cosas no pasen de esta manera, es evidente sin embargo, que ni el Estado Mayor mas numeroso bastaria para formar una cadena continua de oficiales de órdenes para llevar estas á la *vanguardia* y traer informes á la *retaguardia*; así pues es de suponerse que desde el momento en que el subordinado participa á su superior su encuentro con el enemigo, el segundo debe *procurarse* y no *esperar* informes del primero. El único medio de que puede disponer á este efecto el gefe superior, es el de enviar á vanguardia y de tiempo en tiempo, oficiales de su Estado Mayor con la *orden precisa* de regresar en *cierto tiempo*, cualesquiera que sea, por lo demas, la importancia de lo que hayan ó no podido inquirir y observar.

Tales son las *palancas* que ponen en movimiento

los materiales destinados á la edificacion de una victoria. Pasemos ahora al empleo de estos materiales.

BATALLA DE ALA OFENSIVA.

Consideraciones generales.

Destruir al enemigo en el punto *decisivo* desprendiendo sobre éste masas superiores, y llamar su atencion sobre lo demas de su frente, es, como sabemos, el signo característico de la batalla de ala ofensiva.

Esto supone necesariamente que el enemigo acepta la batalla en posicion, es decir, que piensa librarla bajo la forma defensiva-ofensiva. Poco importa que esta resolucion del adversario sea *espontánea ó forzada*; de todas maneras y en todo caso corresponde á la *estrategia* obligarlo á ello: no nos incumbe determinar los medios de conseguirlo, bástenos decir que la batalla de ala ofensiva es la conclusion natural del *envolvimiento estratégico* (*l' enveloppement stratégique*) ya sea directo ó que resulte de romper la línea.

Ya hemos dicho que por *punto decisivo* debe entenderse una ala, ó aquel del frente en que, rompiendo la línea enemiga, pueda quedar una nueva ala susceptible de envolverse.

En cuanto á la *ruptura de la línea*, debemos decir que el *armamento moderno* limita considerablemente el empleo de esta forma, aceptada antiguamente, con mas ó menos derecho, como la favorita de Napoleon I. La accion destructora de los nuevos fusiles y cañones, el alcance extraordinario de la artillería, y la posibilidad por consiguiente de hacer converger á largas distancias el fuego de los costados sobre el centro, hacen tan difícil el *romper la línea por un ataque de frente*, en condiciones normales de resistencia por parte del adversario, que solo en circunstancias muy excepcionales debe el asaltante adoptar espontáneamente esa forma en la batalla de ala. Aun en el caso de que el ataque de frente sea el único posible, y se tenga gran superioridad numérica, se corre el riesgo de fracasar ante sus dificultades, y de no aprovecharse de aquella: la superioridad moral de la tropa es el elemento que puede dar mejores resultados, pero de todas maneras el romper la línea de frente es en sí mismo peligroso, y como *base de una batalla ofensiva* no tiene ya el mismo valor que en otras épocas se le daba. La cosa es muy diferente y se presenta de otra manera si el asaltante no encuentra al adversario en una posicion normal y si en la línea de este existen *huecos* ó interrupciones; todo esto puede suceder, por ejemplo, si el asaltante ataca de improviso antes que termine el despliegue de las tropas en la posicion, ó si con sus demostraciones logra producir dichos huecos en la línea enemiga; en tales condiciones, puede tener probabilidades de éxito el ataque de frente; pero como hemos supuesto que el asaltante marcha contra un enemigo en *posicion*, no es fácil admitir semejantes hipó-

tesis: en todo caso, corresponde á la descubierta el comprobarlas, ó al menos su probabilidad, antes de las disposiciones para la batalla. Atendiendo á todo esto, creemos no debe comprenderse *la ruptura de frente*, en la lista de las batallas de ala ofensivas, sino clasificarla entre otras formas de combate.

Tratémos en seguida del *ataque de ala ó de flanco*.

Establezcámos desde luego una diferencia entre estas dos expresiones, aunque el uso, justificado hasta cierto punto, las haya hecho sinónimas.

Cuando en los tiempos de la táctica lineal, el orden de batalla de un ejército formaba un todo compacto, uniforme y unitario, cuyo establecimiento segun ciertas proporciones geométricas constituía el elemento decisivo para el combate, estas dos expresiones de ataque de ala y ataque de flanco, diferian notablemente: pero á medida que los ejércitos se prestaron mas á la movilidad, que sus elementos constitutivos se hicieron entre sí mas independientes, y que la transformacion de una ala en un flanco no exigió condiciones excepcionales de terreno, la dos expresiones se confundieron mas y mas. Hoy, el ataque de ala, así como el de flanco, chocan siempre contra un mismo elemento, contra un frente enemigo rápidamente formado; uno y otro, si son *posibles*, se encuentran en las mismas condiciones, y tanto se asimilan, que es inútil querer establecer distincion alguna entre ellos.

Es preciso hacer notar que el ataque propiamente dicho de ala ó de flanco, tiene sobre el de *ruptura al frente* la enorme ventaja de no poder ser tomado entre dos fuegos.

A propósito de nuestra cuestion precedente sobre el

En cuanto á la *ruptura de la línea*, debemos decir que el *armamento moderno* limita considerablemente el empleo de esta forma, aceptada antiguamente, con mas ó menos derecho, como la favorita de Napoleon I. La accion destructora de los nuevos fusiles y cañones, el alcance extraordinario de la artillería, y la posibilidad por consiguiente de hacer converger á largas distancias el fuego de los costados sobre el centro, hace tan difícil el *romper la línea por un ataque de frente*, en condiciones normales de resistencia por parte del adversario, que solo en circunstancias muy excepcionales debe el asaltante adoptar espontáneamente esa forma en la batalla de ala. Aun en el caso de que el ataque de frente sea el único posible, y se tenga gran superioridad numérica, se corre el riesgo de fracasar ante sus dificultades, y de no aprovecharse de aquella: la superioridad moral de la tropa es el elemento que puede dar mejores resultados, pero de todas maneras el romper la línea de frente es en sí mismo peligroso, y como *base de una batalla ofensiva* no tiene ya el mismo valor que en otras épocas se le daba. La cosa es muy diferente y se presenta de otra manera si el asaltante no encuentra al adversario en una posicion normal y si en la línea de este existen *huecos* ó interrupciones; todo esto puede suceder, por ejemplo, si el asaltante ataca de improviso antes que termine el despliegue de las tropas en la posicion, ó si con sus demostraciones logra producir dichos huecos en la línea enemiga; en tales condiciones, puede tener probabilidades de éxito el ataque de frente; pero como hemos supuesto que el asaltante marcha contra un enemigo en *posicion*, no es fácil admitir semejantes hipó-

tesis: en todo caso, corresponde á la descubierta el comprobarlas, ó al menos su probabilidad, antes de las disposiciones para la batalla. Atendiendo á todo esto, creemos no debe comprenderse *la ruptura de frente*, en la lista de las batallas de ala ofensivas, sino clasificarla entre otras formas de combate.

Tratémos en seguida del *ataque de ala ó de flanco*.

Establezcámos desde luego una diferencia entre estas dos expresiones, aunque el uso, justificado hasta cierto punto, las haya hecho sinónimas.

Quando en los tiempos de la táctica lineal, el orden de batalla de un ejército formaba un todo compacto, uniforme y unitario, cuyo establecimiento segun ciertas proporciones geométricas constituia el elemento decisivo para el combate, estas dos expresiones de ataque de ala y ataque de flanco, diferian notablemente: pero á medida que los ejércitos se prestaron mas á la movilidad, que sus elementos constitutivos se hicieron entre sí mas independientes, y que la transformacion de una ala en un flanco no exigió condiciones excepcionales de terreno, la dos expresiones se confundieron mas y mas. Hoy, el ataque de ala, así como el de flanco, chocan siempre contra un mismo elemento, contra un frente enemigo rápidamente formado; uno y otro, si son *posibles*, se encuentran en las mismas condiciones, y tanto se asimilan, que es inútil querer establecer distincion alguna entre ellos.

Es preciso hacer notar que el ataque propiamente dicho de ala ó de flanco, tiene sobré el de *ruptura al frente* la enorme ventaja de no poder ser tomado entre dos fuegos.

A propósito de nuestra cuestion precedente sobre el

punto decisivo de la batalla de ala ofensiva, podemos ya resolver: que el ataque debe procurar á toda costa *envolver y estrechar la extremidad de una ala del enemigo*; es indudable que el adversario en posicion, conociendo este peligro, pondrá el mayor cuidado en evitarlo, ya sea *apoyando su ala ó reforzándola lo mas que sea posible*.

Contra el primer medio de la defensa procurará el asaltante desarrollar y extender su ataque de flanco hasta convertirlo en un cerco completo; en cuanto á lo segundo, solo puede oponer la *superioridad numérica*, tanto mas necesaria, cuanto que el adversario es muy factible haga de su ala no apoyada, el punto de partida de su *contrachoque*, colocando por consiguiente en ella su fuerza principal.

Entre el ataque de frente rompiendo la línea por el centro, y el ataque de ala, hay un caso intermedio en que pueden confundirse poco mas ó menos estas dos formas, y es aquel en que la posicion del enemigo se extiende en *arco de círculo* al rededor de un centro fortificado y en que se ataca uno de sus *ángulos salientes*. Esta accion se asemeja tanto á la *batalla de líneas*, que no nos ocuparemos de ella por el momento.

Otra cuestion que resolver: *¿en qué consiste la superioridad numérica, y cómo puede conseguirla el asaltante?*

Segun el principio de que nunca debe economizarse fuerza para la ofensiva, la exigencia de "superioridad numérica sobre el punto decisivo" significa simplemente: que deben lanzarse *á la vez* contra este punto *tantas fuerzas cuantas permita emplear el terreno*, y que el ataque sea igualmente fuerte en el sentido del fondo, cuando en este esté tambien establecida la defensa:

así pues lo mas ventajoso para el asaltante es emplear sobre el punto decisivo toda *su fuerza disponible*.

A esto se presta de una manera general la forma de Federico llamada "orden de batalla oblicuo:" ya en esa época, sin embargo de ser mas difícil que hoy un cambio de frente hácia un flanco, era indispensable *amagar* el frente enemigo, mientras que las masas de ataque marchaban contra una ala ó flanco. Hoy esta negligencia conduciría en último resultado á una batalla de líneas, que es preciso evitar á toda costa: por lo tanto, el asaltante debe *tener el frente enemigo en continuo amago por medio de demostraciones efectuadas por otras tropas*, para evitarle que directa ó indirectamente *so-corra* su ala amenazada.

Conforme á esto, lo primero que se deduce para el *empleo de las masas* en la batalla de ala ofensiva, es la necesidad de dividir las en dos partes, la una *demonstrativa*, y la otra *decisiva*.

Como punto de partida para efectuar esta division, va á servirnos la exigencia que ya conocemos *de tener constantemente amagado el resto del frente enemigo*.

Se entiende por *resto del frente ó de la posicion*, la parte de esta que no constituye por sí misma el objeto principal del ataque, á menos que pueda el adversario sacar de ella en *tiempo oportuno* socorros para la parte atacada, en cuyo caso hay que amagarla mas directamente.

Si se quiere determinar con precision, *bajo el punto de vista del espacio*, ese *resto que debe amenazarse*, es preciso tratar minuciosamente lo concerniente al *punto decisivo*.

Puede afirmarse sin demostracion alguna, que mien-

tras mas *considerables* son las masas de que se dispone, mas se aleja la expresion de *punto*, en la accion decisiva, de su significacion matemática y topográfica. En el combate decisivo de dos divisiones, la ocupacion ó la pérdida de un pueblo, de una aldea ó de una parte de bosque, pueden decidir del éxito de un combate, pero cuando están en accion grandes cuerpos de ejército, puede suceder que la conquista ó la pérdida de un accidente considerable de terreno no determine ó violento la decision de la contienda.

Ni el defensor ni el asaltante deben olvidar que segun la teoría misma no basta el tomar un *punto ó accidente de terreno* para que se *decida* el resultado, mientras tenga el defensor fuerzas intactas y competentes sobre otros puntos: sin embargo, resulta en la *práctica* tal ventaja moral al asaltante con la conquista de un *punto* considerado como *decisivo* por ambos partidos, que eso basta muchas veces para que la batalla se repunte como decidida; en todo caso, se transforma de tal modo la situacion primitiva con ese incidente, que se pierde el *equilibrio* de los primeros momentos, y se logra, cuando menos, un *feliz preliminar* para la *ofensiva*. Esta importancia práctica de la pérdida del punto decisivo, es tanto mas sensible, cuanto mayores sean las proporciones numéricas que se consideren: en fracciones compactas y pequeñas la pérdida de su posición ocasiona casi siempre su derrota, y por lo general la abandonan en precipitada marcha retirándose á larga distancia; pero una division ó un cuerpo de ejército aprovechan muchas veces un momento favorable, una suspension negligente del ataque, y verificando una vuelta ofensiva se

rehacen de la posición perdida; en un ejército numeroso la magnitud excesiva de las distancias, impide aprovecharse de estos *cortos* momentos.

Necesitábamos de esta larga digresion para determinar con claridad la *longitud de esa porcion del frente* contigua al punto decisivo y que debe comprenderse en el ataque *real*, así como tambien el *lugar* en que *comienza* lo que hemos llamado *resto del frente* y que solo debe *amagarse*, evitándole pueda socorrer á la parte principal.

Hemos empleado en nuestro primer libro la expresion "punto de apoyo de la resistencia exclusiva;" la pérdida *definitiva* de este determina como sabemos el final de la resistencia exclusiva: en la batalla ofensiva no se trata para el asaltante mas que de asegurar la posesion definitiva de uno ó de dos *puntos de apoyo* de la posición enemiga, que se hayan podido clasificar como *objetivos decisivos*.

A este efecto debe procurar el ataque oponer masas superiores tanto á la *resistencia de frente* de la defensa, como á las fuerzas que esta pueda desprender de su *retaguardia* y de sus *flancos*. Sabemos ya cómo se asegura esta superioridad en los dos primeros casos; respecto á la accion de flanco, solo hay un medio para conseguirlo, y es el de destruirlo ó neutralizarlo *comprendiéndolo en el ataque*, es decir, atacar directamente el frente en una porcion tal, que el *tiempo* que necesiten para llegar en su auxilio las tropas no atacadas sea *superior* al que se suponga suficiente para *tomar el punto de apoyo*. Esta fórmula, á pesar de su apariencia científica, se hace fácilmente comprensible una vez trasportada al terreno de la práctica.